

BESOS DE
CRISTAL



Besos de cristal

© Anabella Franco, 2025

Derechos exclusivos mundiales de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2025

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200 Fax: (54 11) 4308-4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Mónica Ploese

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Carolina Marando

Armado de interior: Isabel Barutti

1ª edición: abril de 2025

ISBN 978-950-02-1605-0

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en abril de 2025.

Tirada: 5.000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Franco, Anabella

Besos de cristal / Anabella Franco. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : El Ateneo, 2025.

448 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1605-0

1. Novelas Históricas. 2. Novelas Románticas. I. Título.

CDD A860

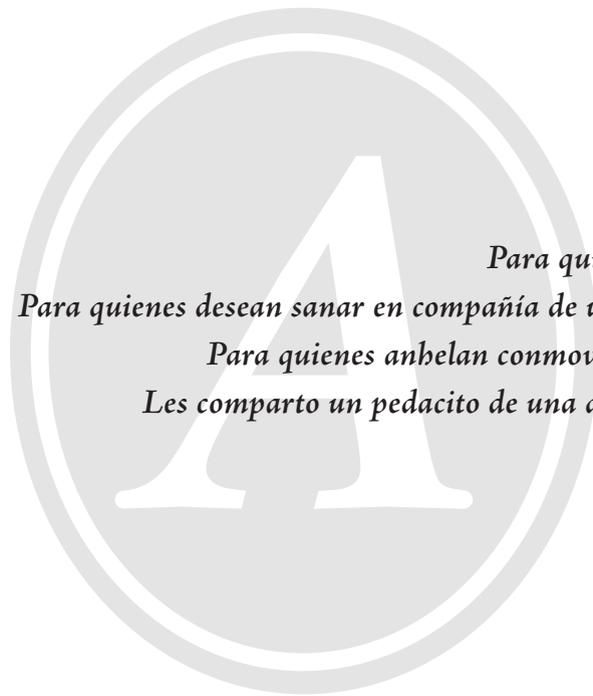
El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

ANABELLA FRANCO

BESOS DE CRISTAL



 *Editorial El Ateneo*



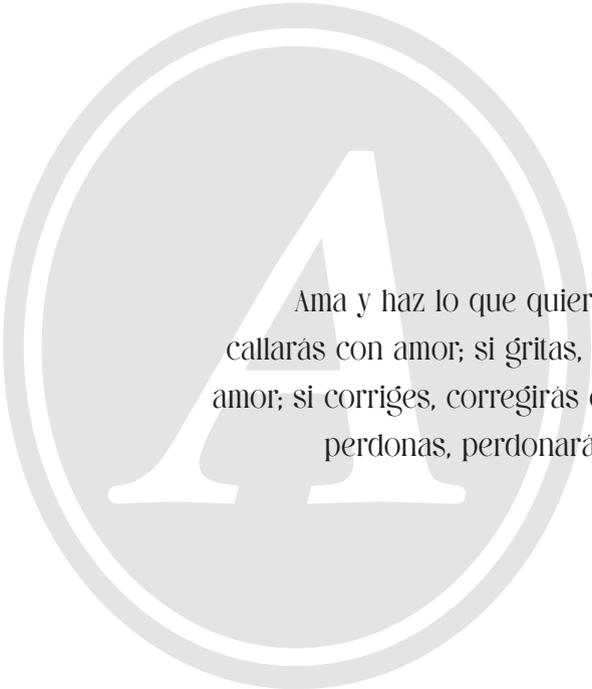
Para quienes sufren.

Para quienes desean sanar en compañía de una historia.

Para quienes anhelan connoverse y amar.

Les comparto un pedacito de una de mis vidas.

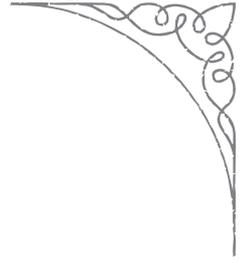
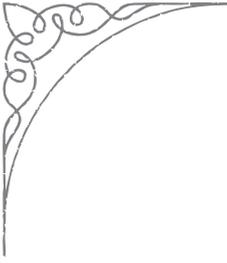




Ama y haz lo que quieras. Si callas,
callarás con amor; si gritas, gritarás con
amor; si corriges, corregirás con amor; si
perdonas, perdonarás con amor.

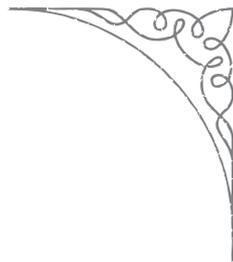
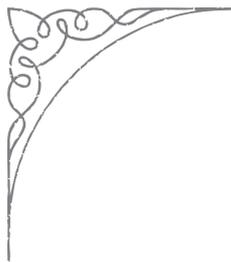
TÁCITO





Prólogo

Esta es la historia de un hombre que se enamoró de una mujer inalcanzable. O eso creyó.
Esta es la historia de una mujer que debía salvar a su familia de la ruina. Pensó que lo estaba haciendo bien. Quizás se equivocó.



1

(Thomas)

A

Irlanda, 1912

Me acomodé el chaleco frente al espejo y olí una manga. Estaba en condiciones. Desde que me vi obligado a despedir a la última criada, había aprendido a cocinar, tender la cama y lavar la ropa, entre muchos otros quehaceres. Podía tanto lustrar el suelo como ensillar mi propia yegua.

Aunque no era un experto en las tareas domésticas, lo hacía bastante bien. Formaba parte de las consecuencias de que todo el dinero se hubiera evaporado y solo me quedaran una enorme casa, varias hectáreas, mi reputación y ser descendiente de un abuelo que solía ostentar un título aristocrático.

Supongo que cualquiera hubiera juzgado que hacer todas esas cosas, para un hombre de mi estirpe, sería una deshonra. Por fortuna, nadie se enteraba. La máscara de joven solitario servía al propósito del ocultamiento. Salía solo para hacer sociales en el club de caballeros y jamás invitaba gente al lugar oscuro y frío en el que vivía. A veces me costaba conseguir leña y ahorra en velas y en combustible para las lámparas.

Me coloqué el sombrero, lo acomodé sobre mi cabeza y eché un último vistazo al espejo. Abandoné el dormitorio con la extraña sensación de que iba disfrazado.

Amos, mi perro, se aproximó moviendo la cola en cuanto salí de la casa. Saltó sobre mis pantalones con alegría.

—¡Ey, no! —exclamé, a la vez que lo guiaba con la mano para que se comportara.

Le acaricié la cabeza y me sacudí la ropa antes de seguir mi camino. Pasé frente al cobertizo en el que guardaba el automóvil de mi padre. Ni siquiera lo miré. Como no funcionaba, era una de las pocas cosas que no había podido vender. Además, el combustible era muy costoso. Asistir a una reunión de la alta sociedad en el carro de campo era impensado y ya no contaba con el carruaje. Por suerte, siempre me había gustado más cabalgar.

Fui en busca de mi fiel Holly, la única yegua que conservaba de los hermosos ejemplares que alguna vez habíamos tenido. La ensillé y la acaricié un poco. Desde la infancia tenía la costumbre de pedirles permiso a los animales para obtener algo de ellos. Lo hacía antes de montar a Holly, ordeñar una vaca, esquilarse una oveja, matar un pollo o, incluso, al recoger los huevos de las gallinas.

—¿Me llevarás a la ciudad sano y salvo hoy? —pregunté mientras le acariciaba el cuello.

Como su respuesta fue un ronquido placentero, di por sentado que estábamos de acuerdo y la monté. Bastó un suave golpe en sus lados con mis talones para que se echara a andar.

Aunque sostener una marcha regular desde Ashford hasta Dublín implicara unas dos horas, no podía galopar todo el tiempo. Para empezar, no quería exigirle a Holly un trabajo tan duro para recorrer esa distancia a su edad. Además, de hacerlo, yo no llegaría limpio a la reunión y debía lucir presentable.

Hacía bastante que no concurría al encuentro con mis conocidos. Tenía que hacerlo si deseaba evitar las habladurías, aunque quizás ya estuvieran circulando. Me sentía incómodo con esa ropa de categoría. Nunca imaginé que vestirme a diario como un campesino me resultaría tan cómodo. No había comparación entre lo libre que me encontraba con esas prendas y lo aprisionado que me hallaba con las otras. Incluso me quedaban un poco ajustadas. El esfuerzo físico había aumentado el tamaño de mi cuerpo y no había podido comprarme prendas nuevas. Para trabajar usaba las que habían dejado los jornaleros antes de marcharse.

Llegué a la ciudad sin muchas ganas de conversar. Me ponía nervioso volver a sujetarme a las normas de la alta sociedad. Sabía que, al ingresar al salón y encontrarme con mis amigos, me sentiría mejor. Sin embargo, los momentos previos a someterme a las miradas escrutadoras de las personas eran desagradables. Siempre lo habían sido.

Até a Holly y le prometí que nos reencontraríamos pronto. En ese momento, la habría montado de nuevo y habría regresado a la finca sin ver a nadie. Sabía que era un pensamiento inmaduro, de modo que me reacomodé la ropa y caminé hasta la entrada del salón. Saludé a quienes se hallaban en la puerta, me quité el sombrero e ingresé sin más demora.

En cuanto puse un pie en la sala, mi amigo Charles se aproximó con una copa en la mano. Apoyó un brazo sobre mis hombros, fuera de todo protocolo. Allí casi no existían cuando el alcohol ya circulaba por el cuerpo.

—¡Thomas! —exclamó—. Al fin decidiste aparecer. Te extrañábamos.

—¿Ah, sí? ¿Tú y cuántos más? —bromeé.

—¡Todos nosotros! —aseguró, a la vez que alzaba las manos para implicar al resto, aunque nadie prestara atención a nuestro encuentro, y bebió otro sorbo—. Acércate. Tengo noticias para ti. —Como de costumbre, el único protocolo que nunca faltaba era el de los chismes.

Nos aproximamos a un mueble en el que me serví vino. Luego, nos sentamos a una mesa circular para beber junto a una pared. Las mullidas butacas de paño verde me recordaron los sofás que había vendido. Aunque eran cómodas, me sentía un impostor sentándome en ellas.

Charles estuvo a punto de decirme algo. Calló en cuanto dos amigos se aproximaron. Me relajé un poco con las preguntas superficiales de cómo estábamos. El alcohol, sin duda, ayudaba.

A pesar de que el ambiente era muy bullicioso, sus voces se superpusieron a las demás y logré escucharlos. No había ocasión en la que no hablaran del *Titanic*. Todos tenían algún familiar, amigo o conocido que había estado en el naufragio. A veces, hasta parecía que competían para ver quién había sufrido más por esos tristes acontecimientos. Pugnaban por demostrar que su información provenía de buenas fuentes y formulaban teorías respecto de lo sucedido.

—¿Y tu tía? —consultó Charles, mirándome.

—La última vez que tuve contacto con mis primas, todavía no la habían encontrado —respondí—. Supongo que se habrá ido al fondo del océano con el barco.

Después de sintetizar media hora de intercambios con la frase “¡qué tragedia!”, siguieron con otra conversación muy usual por esos

días: probritánicos y nacionalistas. Como protestante, se suponía que yo tenía que defender nuestros lazos con Gran Bretaña. Sin embargo, era más bien nacionalista y, en mi interior, quería que se nos otorgara la independencia.

Aunque mi postura estaba en concordancia con la de mis amigos, prefería no opinar de política. A decir verdad, cada día tenía menos en común con las personas de las que siempre me había rodeado. Mis problemas habían dejado de pertenecer al mundo de las ideas y se habían transformado en realidades concretas que no podía contarles a ellos. En ese momento, más que hablar de utopías libertarias, me habría gustado poder manifestarle a alguien mi preocupación por la enfermedad de boca y pies que estaba afectando a mi ganado y que me volvería todavía más pobre.

Una bandeja con una botella llegó a nuestra mesa. Aprovechamos para servirnos más bebida. En ese momento, los amigos que nos acompañaban se alejaron para recibir a otra persona. Charles se inclinó hacia adelante, como si fuera a contarme un secreto.

—¿Te enteraste? El señor Walsh murió.

Permanecí un instante en silencio. Lo miré sin saber qué responder.

—¿También se lo llevó el barco? —indagué. Charles rio.

—No. Parece que su corazón se detuvo mientras hacía cálculos en su escritorio. Me contó mi padre que, según un amigo suyo, hizo muy malos negocios, por eso no dejó herencia alguna para su esposa y para sus hijas. —Asentí de manera reflexiva y bebí otro trago. No podía contarle, pero, si el rumor era cierto, conocía bien lo que esas mujeres debían de estar sintiendo—. Dicen las malas lenguas que la señora Walsh está buscando un pretendiente para su hija mayor que las pueda rescatar de la ruina con urgencia.

Calló, como esperando que yo me pronunciara al respecto. Todavía con las vacas en la cabeza volví a asentir, a ver si el chisme tenía continuación.

—¿No dirás nada? —me arengó. Procuré encontrar algunas palabras antes de que se burlara de mi expresión de desconcierto.

—Lo lamento. Pobre familia.

—¡Ah, vamos! No te hagas el tonto. ¡Es tu oportunidad!

—¿Mi oportunidad de qué?

—¡De pedir la mano de Amy Walsh!

De pronto, las vacas desaparecieron por completo y, por un instante, mi mente se llenó de la belleza de la hija mayor del señor Walsh. Miré al frente y bebí de una sola vez el líquido que restaba en mi copa. Debía acabar con la fantasía de acercarme a ella.

—No estoy buscando esposa —repliqué.

—Tienes veinticuatro años. ¿Qué esperas? ¿Que se te hunda el barco?

—Es desagradable que bromees con eso.

—Tienes razón. Lo siento, bebí un poco.

—Creo que ya has bebido suficiente.

Volví a llenar mi copa para que el vino se terminara y no lo consumiera mi amigo.

—No puedes negar que tengo razón —declaró—. Fui testigo de cómo la mirabas cada vez que se cruzaban en los bailes. Lo haces desde que coincidieron en el primero al que ella asistió. Bastante mayorcita para empezar, por cierto. ¿Cuántos años tenía por aquel entonces? ¿Veinte?

—Diecinueve. Ahora debe de tener veintiuno.

—¡Ja! ¿Y luego dices que no te interesa?

Reí a la vez que negaba con la cabeza.

—¡Acaba con eso! ¿Yo, pedir la mano de Amy Walsh?

—¿Por qué no?

—Porque no puedo rescatar a nadie de nada —confesé, convencido de que mi amigo no comprendería mis palabras. Para empezar, estaba ebrio. Además, si acababa de sugerirme la locura de que desposara a la

señorita Walsh, ni se le ocurría que ahora yo era un campesino y ya no un muchacho rico como él.

Aunque la conversación acabó en cuanto nuestros amigos regresaron, no abandonó mi mente. En lugar de pensar en vacas enfermas, pensaba en una bella rubia que durante dos años me había deslumbrado cada vez que la veía. Era extraño que, en tanto tiempo, no hubiera escogido un pretendiente. Sin duda, tenía muchos. Tal vez no eran tiempos apremiantes para su familia y ella dilataba la decisión. Tras la muerte de su padre, eso había cambiado y, quizás, se inclinara por alguien. Estaba seguro de que la fila para ganarse la aprobación de su madre sería extensa.

Mientras regresaba a casa sobre el lomo de Holly, recordé la primera vez que coincidimos en un mismo sitio. Refulgía en mi memoria como si hubiera ocurrido esa misma noche.

Me hallaba de pie en el salón de la casa de los O'Connor, conversando con Charles y con otro amigo. De pronto, percibí que algo en el ambiente había cambiado. Giré la cabeza hacia la puerta. Entonces la vi: era imposible no reparar en ella. Destacaba entre la gente. Llevaba un vestido de color rojo oscuro con detalles negros. Unas pequeñas piedras destellaban en su larga cabellera de color rubio rojizo; era parecido a ver el halo que rodea la luna cuando se acerca una tormenta.

—¿Esa es Amy Walsh? —preguntó Charles. Entrecerraba los ojos para ver mejor desde la distancia.

—Parece —contestó nuestro amigo—. Al fin los Walsh han liberado su joya más preciada, creí que la esconderían para siempre. Bueno, ha llegado mi momento. —Le entregó a Charles la copa que tenía en la mano, se acomodó la chaqueta y nos miró con expresión triunfante—. Dispénsenme —dijo y se encaminó hacia la muchacha.

No pudo llegar a Amy. Detrás, iban sus padres y, además, una chica le ganó de mano. Muchos ojos estaban pendientes de ella. Resultaba

evidente que los hombres se sentían atraídos y que algunas jóvenes le temían. Seguro perderían la atención de varios caballeros por su causa.

Yo también caí en la trampa y la observé durante un rato. Rio con su amiga. La forma de sus labios cuando lo hacía era en verdad hermosa. Pero, aunque muchos se encontraban absortos en ella, la señorita Walsh no parecía interesada en nadie. Sus ojos resplandecían a imitación de los accesorios de su cabellera; se notaba que la fiesta la deslumbraba más que sus espectadores. Me hubiera gustado convertirme en uno más e invitarla a bailar cuando fuera posible. Sin embargo, en cuanto ella giró la cabeza y nuestras miradas estuvieron a punto de encontrarse, aparté la mía enseguida.

Cambié la belleza sublime de Amy Walsh por la honradez lóbrega de un cuadro de dos niños corriendo en un parque entre unos arbustos frutales. Imaginar una historia detrás de la escena me sirvió para calmar mi corazón acelerado y razonar: no podía pretender a nadie.

Por aquel entonces todavía creía que pertenecía a la alta sociedad. Nada me hacía pensar lo contrario. Sin embargo, un secreto se ocultaba en la inmensa casona de campo que habitaba. Por esa razón, tenía claro desde que me había convertido en el interés de algunas madres que jamás podría desposar a sus hijas, mucho menos a una joven rica y hermosa como Amy Walsh.

Mi madre falleció en el parto. Lo poco que conocía de ella era gracias a un cuadro que presidía el escritorio de mi padre y a los relatos que me contaba el ama de llaves cuando era niño. Aunque mi padre en ese momento aún estaba vivo, se podría decir que tampoco llegué a conocerlo. Existía físicamente, pero ya no era la misma persona que se había enamorado de mi madre.

Su partida instantes después de mi llegada a este mundo transformó la alegría de mi padre en dolor. Desde entonces, solo se dedicaba a jugar

y a beber. Había descuidado sus finanzas, sus tierras y sus criados, a tal punto que ya nadie lo quería y él tampoco me quería a mí.

Cuando se embriagaba, solía decirme que mi madre había muerto por mi culpa. Escuchaba esas palabras desde que tenía memoria. Nada podía hacer el ama de llaves para objetarlo. Si bien yo aseguraba que le creía cuando ella me decía que él no sabía lo que hacía y que yo era un angelito, nada podía quitarme de adentro que mi propio padre no podía no tener razón.

Con los años logré apartarme un poco de esa idea, pero no de él. Sufrí por la muerte del ama de llaves como si se tratara de la mujer que a veces miraba fijamente en el cuadro del escritorio, el mismo en el que mi padre se concentraba mientras bebía.

Ocuparme de los negocios de nuestras tierras me ayudó a relegar el sentimiento de culpa que a veces me recorría y por el que permanecía junto a una persona que siempre me había despreciado. Mi padre era la razón por la que Amy Walsh y cualquier otra joven estaban fuera de mis posibilidades: no podía someter a una esposa al hombre con el que convivía. Tampoco podía abandonarlo, así que me había resignado a que pasarían muchos años hasta que pudiera pensar en un matrimonio, si es que alguna vez deseaba uno.

Cuando mi padre murió, por un instante, Amy Walsh se cruzó por mi mente. Pensé que, quizás, podría acercarme a ella en el siguiente baile. Pero, entonces, me enteré de que todo lo que él había dejado atrás eran deudas y comencé a vender lo que podía para pagarlas. Hacía casi un año que trabajaba sin descanso y aún no había terminado. Ocultar las condiciones en las que vivía resultaba todavía más agotador que haber cambiado la biblioteca por las horas al rayo del sol, los bailes, por el arado, los muebles, el carruaje y los caballos, por dinero para pagar a los bancos.

En ese momento, Amy Walsh se volvió todavía más inalcanzable. Como las estrellas sobre nuestras cabezas y las ideas de libertad que alguna vez había defendido con empeño en las conversaciones de salón.

Durante meses creí que jamás volvería a estar a su altura y que, si alguna vez lo conseguía, sería tarde, pues ella ya se habría casado.

El destino acababa de mover las piezas en el tablero y ahora, sobre mi yegua, no dejaba de preguntarme si acaso era justo que mi vida continuara suspendida por los designios de mi padre. ¿Por qué no tenía permitido enamorarme, unirme a una mujer, ser felices juntos? Formar la familia que siempre había anhelado y jamás había tenido.

Algo en mí se agitaba de manera diferente. Se había encendido una llama que jamás creí que existiría. En especial, si se refería a alguien que había creído inalcanzable hasta hacía unas horas.

Al fin, Amy Walsh y yo estábamos al mismo nivel. Éramos ricos venidos a menos, intentando sobrevivir en un mundo de apariencias. Mi padre no estaba, su madre buscaba un esposo.

Ya no sonaba tan injusto mostrarme interesado en ella.